

*Marcos Villamán. Sociólogo. Teólogo.*

Más que una ponencia voy a presentar una reflexión ecuménica en la cual se plantea la necesidad, casi la urgencia de un diálogo interreligioso como una condición fundamental para enfrentar con éxito los problemas de la humanidad y esto es lo que voy a hacer, proponer algunos elementos de búsqueda teológica y de este diálogo interreligioso.

Empiezo diciendo que vivimos en este momento una época de crecimiento de la relevancia de la ética y de la religión. De la ética porque hay cada vez más, y así ya mencionamos la conciencia de que los problemas grandes de la humanidad, presentes y futuros, no tienen posibilidad de ser enfrentados con éxito fuera de la ética, comprendiendo que la ciencia y la tecnología modernas contienen en sí elementos domesticadores de la realidad y opresores si no son capaces de ser corregidos adecuadamente. El referente ético, entonces, introduce a la ciencia y su desarrollo, los referentes que la humanizan.

La escuela de Franckfort fue en este punto sumamente lúcida y profunda en su reflexión. Más todavía, estamos convencidos de que el avance científico tecnológico y el avance económico aliado a él, producen en múltiples casos un cierto desconcierto en la sociedad con la pérdida del sentido; y ante esa pérdida de sentido hace falta reponerlo. Una opción para ello es la reflexión ética y la religión, porque estamos también convencidos de que ella es una de las fuentes de la ética. Se nos planteó hace un tiempo en teoría sociológica que ante el incierto científico-tecnológico habría un decremento de las religiones. Asistimos hoy a una realidad diferente de esa predicción y tenemos hoy un incremento científico-tecnológico y al mismo tiempo un incremento de la práctica religiosa, justamente porque parece haber producido este avance científico tecnológico una pérdida de sentido y provocado entonces la urgencia de las colectividades de buscar sentido

en aquellos discursos y reflexiones que antes daban sentido y como de costumbre la religión es una fuente de arquetipos y de producción de sentidos.

Estamos entonces en un momento en el cual tanto la reflexión ética como la religión tienen un lugar de relevancia social reconocida y en este punto hay que decir que para la religión lo importante, el elemento fundamental a rescatar es la defensa de la vida, de la dignidad y de la felicidad.

En el caso de la tradición cristiana, los que estamos más cerca de ella, recordamos el evangelio de Juan "Vengo para que tengan vida y vida en abundancia": la vida es el objetivo de la historia y del mundo y de la naturaleza y esta vida vivida en dignidad para la felicidad conlleva respeto y búsqueda de bienestar. En estos elementos estamos de acuerdo las diferentes corrientes religiosas. Todo lo que hace el ser humano entonces es un esfuerzo por construir una vida buena que pasa y que quiere concretar esos elementos antes mencionados y es en base a ese reconocimiento de valores como la vida, la dignidad y la felicidad, el respeto y el bienestar, como se reconoce entonces a cada ser humano el derecho a concretarlos en cada vida individual y por tanto se llega a afirmar la igualdad fundamental en todos los seres humanos, el sujeto humano como un sujeto de derecho y la solidaridad y la proximidad como elementos básicos para construirlos.

No es posible construir la vida, la dignidad y la felicidad sin solidaridad, mucho menos lo es en un mundo como el nuestro cada vez más desigual y cada vez más inequitativo. La solidaridad entonces es un factor fundamental para hacer posible la vida digna y la vida feliz de los seres humanos. La solidaridad hace referencia en cualquier grupo religioso y confesión religiosa al deseo y a la decisión de asumir al otro como alguien con quien yo estoy comprometido, a cómo asumir a quien está al lado mío, alguien que me llama a una acción responsable con él, a una ac-



ción que le ayuda a él a construir su vida como una vida digna. Mas aún, la proximidad nos lanza a la responsabilidad con respecto al otro, diría un teólogo, a “hacernos cargo de la vida de los demás”.

Esta igualdad, este ser humano como sujeto de derecho y esta solidaridad y proximidad son los caminos para poder construir una vida digna.

Si todo esto es verdad entonces la técnica y la ciencia no son más que instrumentos para esos objetivos y por consiguiente la ciencia y la tecnología son construcciones humanas que deben ser orientadas éticamente para poder llevarnos a concretar los objetivos humanos que antes hemos definido.

La tecnología por consiguiente es una prolongación del ser humano en su esfuerzo por hacer una vida buena, vivible y digna. Es por consiguiente, en esta perspectiva, un esfuerzo de procreación del ser humano con la divinidad. Cualquier divinidad que sea, es un aporte para poder hacer de este mundo cada vez más humano, en cristiano cada vez más perfecto, hasta llegar a la perfección completa.

La tecnología es por consiguiente un esfuerzo de responsabilidad humana para construir un mundo cada vez más vivible para los seres humanos. Sin embargo, como ya fue planteado, la tecnología como cualquier producción humana es ambigua. No existe producción cultural que no sea ambigua. La tecnología lo es y también la ciencia. Sirve para una cosa y para la otra, depende cómo la usen los colectivos humanos y es por eso por lo que hace falta un esfuerzo de discernimiento para poder superar la ambigüedad de la ciencia y la tecnología y para ese discernimiento lo que hace falta es colocar los criterios que orienten la acción y permitan la toma de decisiones.

No debemos entonces lamentarnos de que tenemos posibilidad de decidir, sino asumir la responsabilidad de esa decisión. Esos criterios deben ser siempre orientados hacia la construcción

humana de la humanidad que significan, desde el punto de vista de las religiones, los criterios que antes he mencionado: la dignidad y la vida. Con respecto a la vida hacemos referencia a una vida de calidad, a una vida vivida en bienestar y con dignidad. Hacemos referencia al hecho de que el ser humano es único e irrepetible y que por consiguiente no puede ser nunca manipulado y nunca decidido heterónomamente. Esta realidad de la construcción cultural y de la ciencia y la tecnología nos lleva a considerar la frase del texto cristiano por excelencia, la Biblia, del "ser como dios". Justamente los seres humanos somos llamados a ser como dioses y advertidos del peligro de serlos, que es la expresión de mayor ambigüedad. Somos llamados a ser como dioses porque somos hechos a imagen y semejanza de Dios. Y Jesús de Nazaret nos lanza justamente a la idea de que seamos perfectos como el Padre es perfecto. Entonces debemos ser como Dios, pero al mismo tiempo, el ser como dioses puede ser mecanismo de transgresión, de aquella idea no siempre simpática del pecado.

El ser humano muchas veces, en ese camino, en esa búsqueda de ser como dioses, olvida que el ser como Dios significa el amor, la misericordia, la solidaridad, la vía y el servicio y se lanza a la domesticación, la opresión y justamente la transgresión, lo que indica la incapacidad de los grupos humanos de reconocer los límites para poder tener una relación adecuada consigo mismo, con la naturaleza y con Dios.

Cuando digo límites me refiero al hecho de que la vida humana está signada por el llamado a la armonía y hay posibilidad de construirla o de romperla. Si yo consigo armonía estoy en el camino de ser como Dios correctamente, si yo transgredo el límite y si lo que hago es para construir domesticación entonces estoy generando muerte en el planeta. Eso lo hemos aprendido fuertemente con los ecologistas en estos últimos tiempos. No es posible hacer todo lo que uno quiere hacer con el mundo, porque



si lo hacemos, rompemos, limitamos, matamos la capacidad de construir la vida. Por consiguiente no todo lo que se puede hacer se debe hacer, hace falta el discernimiento para poder colocar los límites y respetarlos para construir la armonía.

Es por eso, por lo que, con respecto al punto que estamos discutiendo, lo que tenemos que hacer es un esfuerzo de reflexión desde esos criterios y esos principios en función de esa práctica y a mi juicio debemos reconocer por una parte al ser humano como un sujeto de derechos y a la pareja entonces como una pareja humana con derechos, en este caso con derechos a la procreación, derechos a la generación de descendencia, derechos a la paternidad, a la maternidad y a la intimidad. Esos son derechos a los cuales puede servir la tecnología.

Al mismo tiempo tenemos el derecho a la filiación, no solo jurídico sino ontológico, que tiene el ser humano de vivir como hijo e hija de padres y madres adecuados, el derecho de la criatura a una vida digna, lo que implica entonces una reflexión social, política, económica y afectiva.

¿Hasta dónde la pareja que está buscando esta paternidad está conciente de esta filiación? ¿Y hasta dónde la condición de vida de la pareja le permite una filiación adecuada a esa criatura que viene como vida nueva? Si esto es posible entonces puede haber una felicidad mayor para padre o madre o para hijo o hija y, si este es el caso, es adecuada la intervención que hacemos con la tecnología. Ahora bien hace falta un conjunto de condiciones para asegurar que esto que hemos dicho aquí se cumpla. Aquí entra la acción del médico, como del psicólogo, como de la sociedad en su conjunto, para asegurar condiciones sociales, condiciones emotivas, condiciones económicas que permitan a los hijos y a la pareja vivir adecuadamente.

Debemos a mi juicio superar dos visiones que son dañinas: la visión del solo sacrificio religioso que impide y dificulta la comprensión del derecho a la felicidad y al placer y por otra parte la

superación del hedonismo que solo piensa en el placer como objetivo de la vida, para poder colocar entonces un camino intermedio, una acción por encima de cualquier reflexión que oriente la reflexión social, la ciencia y la tecnología incluidas, en dirección mucho más humana.

#### IMPLICACIONES BIOÉTICAS DE LA FERTILIZACIÓN IN VITRO

*Andrés Peralta.*

### **Dilemas Éticos**

“La infecundidad no solamente es una disfunción biológica, sino que ha sido considerada una lacra social en tiempos ya bíblicos” (Kottow). La infertilidad conlleva en sí un estigma biológico, social y psíquico, lo cual ha sido tomado como justificación y legitimización de los esfuerzos terapéuticos para llevar a cabo la fecundidad artificial.

Sabemos que la manipulación de la reproducción por medios artificiales es relativamente ineficaz con altas tasas de fracasos y altos costos económicos y de tensión psíquica. Esto ha llevado a la medicina a utilizar procedimientos que aumentan las posibilidades de éxito: masturbación masculina, implantaciones múltiples, fecundación de varios óvulos y preparación de embriones supernumerarios congelados que quedan en reserva para nuevos intentos. “La crítica más persistente contra la reproducción artificial es precisamente la creación y el destino ulterior de estos embriones supernumerarios”. La Iglesia Católica rechaza la artificialización de la reproducción proclamando que el dar vida a un ser humano es un acto de procreación fundamentada en el amor de los cónyuges y no un mero acto de reproducción, señalando además que la naturaleza regula la capacidad procreativa caso por caso y que en tal regulación no se debe interferir, desconociendo los límites del actuar humano, que al desequilibrar los procesos naturales pueden tener consecuencias imprevisibles.